

UNA CUESTIÓN DE AUTENTICIDAD

Iglesia pobre – Iglesia de los pobres

El Papa Francisco, durante su primer año de Pontificado, ha sorprendido una y otra vez con proclamaciones, con alocuciones, con gestos impactantes y con actuaciones ejemplares. En un espacio de tiempo tan reducido, se ha convertido en el rostro misericordioso de la Iglesia católica, que personifica la alegría del evangelio. Una Iglesia que, hace poco más de un año, apenas sabía cómo debía solucionar la enorme cantidad de problemas que cuestionaban su credibilidad. En esta situación, los estímulos del Papa a favor de una reforma de la Iglesia han despertado una amplia aceptación y anuencia. El artículo ofrece diversos aspectos de las actuaciones y alocuciones del Papa Francisco y aprovecha no pocos fragmentos de su Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (La alegría del Evangelio), para ilustrar un aspecto central de sus propuestas: la autenticidad. Hemos reducido notablemente el tema de su crítica a la economía de mercado porque Selecciones de Teología hace unos meses ya dedicó un artículo a este tema (“El Papa se equivoca – el Papa tiene razón”, Selecciones de Teología n° 212 vol. 53 (2014) 253-260).

Eine Frage der Autentizität. Arme Kirche – Kirche der Armen, Stimmen der Zeit 232 (2014) 579-590.

Las alocuciones y las actuaciones del Papa han cosechado mucha anuencia y aceptación. Sin embargo, Francisco también se muestra como un Papa incómodo. Su dura crítica al capitalismo en “La Alegría del Evangelio” (EG), para no pocos va demasiado lejos. Con palabras, recias y penetrantes, formula un juicio negativo sobre el capitalismo que desembocan en la expresión “esa economía mata” (EG 53). Como es bien sabido, los grandes periódicos comentaron este duro juicio sobre la economía: la Iglesia desprecia a los ricos, el

Papa rompe una lanza a favor de la sinceridad, pero atiza el resentimiento frente a la economía y a la ostentación. Y, como solución a los problemas sociales solo ofrece el “principio de la Madre Teresa”.

Sin duda que la tradición de la doctrina social de la Iglesia tiene en su repertorio muchas declaraciones más matizadas y más sistemáticas a la cuestión del sistema económico y ético. Sin embargo, todo esto no es el ruego o deseo de este Papa en su exhortación. En la propuesta del Papa, no se trata de

un compendio de cuestiones sociales y de sus propuestas de solución. Él mismo escribe: “éste (...) no es

un documento social” (EG 184). Para ello remite al compendio de doctrina social de la Iglesia.

UNA IGLESIA EN SALIDA

La hermenéutica correcta para la comprensión de la EG no es una aportación eclesial a un discurso sobre la sociedad en general. Más bien, estamos ante una comunicación papal “para el fuero interno de la Iglesia católica”. Esto ya se deja entrever en la salutación, pero aparece también como hilo conductor del texto, que algunos han calificado como “escrito programático para la reforma de la Iglesia”. Sin ninguna duda, si se mira más de cerca, aparecen en el documento diversos temas, pero todos están presididos por la intención del Papa: “En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años.” (EG 1).

Por tanto, el Papa tiene como punto de referencia a la Iglesia y su actuación auténtica, en la medida en que ha de estar conducida por la alegría del evangelio que, en claro contraste con la guasa que tan a menudo se persigue en nuestra sociedad, no puede salir de nosotros mismos y no está a nuestra disposición sin más ni más. La alegría del Evangelio nos remite a una iniciativa y a “la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios” (EG

4). El Papa Francisco se imagina “un dinamismo de salida” (EG 20) que, en el marco de este (nuevo) proceso de evangelización, se ha de transformar desde el punto de vista misionero. Este es en realidad un deseo que, ante todo, se dirige al ámbito interno de la Iglesia; toca a los cristianos católicos a quienes se exhorta a tomar la iniciativa.

No hay que interpretar este deseo de forma estrecha. Según Francisco, pertenece a lo más íntimo de una Iglesia así comprendida no encerrar y silenciar la Buena Nueva “en un templo” (EG 183). Al contrario, una fe auténtica incluye siempre el profundo deseo de “cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra” (EG 183). Francisco deja en claro con energía que este cambio no se ha de contemplar solo en el plano personal, sino que se incluyen todos los ámbitos y los niveles de la sociedad y, por tanto, también el ámbito económico. Para todos estos ámbitos, el Papa no reivindica una competencia fáctica o de especialidad. Lo que le preocupa en este contexto es la autenticidad de la Iglesia en su tarea evangelizadora. Dicho de otro modo: en último término le preocupa el enlace entre

eclesiología y ética (social).

Una Iglesia en salida, así lo dijo Jorge Mario Bergoglio en la preparación del cónclave, “se siente llamada a salir de sí misma y a ir a los márgenes. No solo a los márgenes geográficos, sino a las fronteras de la existencia humana: las fronteras del pecado, del dolor, de la injusticia, de la ignorancia, de la falta de praxis religiosa, del pensamiento, de toda miseria”.

En este planteamiento resuena una clara contraposición a una tendencia que se ha dado siempre en la Iglesia y que actualmente se puede percibir claramente como una manera de pensar: frente a la amplia pérdida de significado de la Iglesia, sobre todo en la sociedad de los países occidentales; frente a la imparable pérdida de autoridad y de confianza en la Iglesia, como también frente el trasfondo de la indiferencia ante la Iglesia y ante sus instituciones, frente a todo esto, la tendencia sería: encerrarse en rincones, al margen de la sociedad, como pequeños rebaños y como resto sagrado y “pasar el invierno” en la esperanza de que en un cierto momen-

to deberían venir tiempos mejores para la Iglesia y para su verdad. Como resultado de esta imagen, la Iglesia debería guardarse de relacionarse con este mundo pecador y “ateo”. A esta tendencia, contraponen el Papa en la EG un neologismo: “‘Primerear’, que significa tomar la iniciativa (...), ir a buscar a los lejanos, (...) invitar a los excluidos, (...) brindar misericordia” (EG 24).

En este punto el Papa hace referencia al lavatorio de los pies de los discípulos, que él mismo realizó de forma significativa y con alto sentido simbólico el primer año de su pontificado, en una cárcel romana -entre otros, lavó los pies de dos mujeres, una de las cuales era musulmana. En clara contraposición a una Iglesia que se protege, el Papa Francisco habla de “una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos.” (EG 49).

“UNA IGLESIA POBRE PARA LOS POBRES” (EG 198)

Opción por los pobres

Con esta petición de una Iglesia pobre para los pobres, el Papa Francisco formula una afirmación

genuinamente teológica. Se toma en serio la “opción por los pobres”, que “la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica” (EG 198). Esta opción por

los pobres, en su fundamentación teológica, puede reclamar dos textos del Vaticano II. Por una parte, el primer artículo de *Gaudium et Spes* dice: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (GS 1). Por otra parte, *Lumen Gentium* afirma que la Iglesia en los pobres, los débiles y los que sufren reconoce la imagen de Cristo y los abraza con su amor (LG 8).

En cierto sentido, pertenece a los elementos fundamentales de la fe cristiana el hecho de que nosotros, cristianos, hemos de preocuparnos por los pobres. Es uno de los aspectos más tematizados y visibles de la fe cristiana. En otro sentido, se ha hecho patente en el debate teológico sobre la opción por los pobres que no se trata de *un* criterio de praxis pastoral entre muchos otros, sino que esta formulación propone un obligado cambio de perspectiva fundamental en el modo de pensar y de vivir la fe. Este deseo queda expresado con claridad en todo lo que el Papa ha hecho y predicado hasta ahora. Para él no se trata de *una* posible o deseable forma determinada de aparecer la Iglesia, sino que se trata fundamentalmente de ser Iglesia de una forma determinada. La Iglesia, o bien será pobre, o no será (Iglesia). Este es el mensaje del Papa.

Evidentemente, en esta opción

por los pobres hay que distinguir distintos aspectos del concepto de pobreza: hay pobreza material, económica, espiritual, social o moral. Francisco habla en primer lugar de pobreza económica que, por encima de todo en Occidente, “se identifica con la falta de poder” y cuyo status ha de ser juzgado negativamente. Esta forma económica de pobreza no es por tanto la de las bienaventuranzas. Se trata de una pobreza que hay que eliminar en base a la dignidad humana y a la justicia. Según el parecer del Papa, es muy importante no utilizar a los pobres sobre la base de una ideología, a favor de intereses personales o políticos “nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia” (EG 199), sino ofreciéndoles una “cercanía real”, una “proximidad cordial” como “comienzo de un verdadero interés por su persona” (EG 199). La opción por estos pobres tiene su fundamento cristológico más profundo en la fe en Dios, que se ha hecho pobre por nosotros, humanos, para darnos la vida eterna. Los pobres conocen a Cristo sufriendo de forma especial “en sus propios dolores” (EG 198).

Una segunda forma de pobreza es, según las palabras de Francisco, la de los seres creados. La “creaturidad” sabe que cada hombre, en su propia existencia y en su “haber-sido-creado” tiene una referencia a la ayuda y la preocupación por los demás: “nuestra vida (depende) no solo de nuestros bie-

nes (...). No nos hemos creado a nosotros mismos y, nosotros solos no podemos darnos todo lo que necesitamos” (Francisco). Para el papa Francisco esta pobreza de seres creados no resulta ningún hándicap, sino que se convierte en un recurso para los individuos y para el bien común. De esta forma, la pobreza tiene una dimensión espiritual, la bienaventuranza “bienaventurados vosotros, pobres” (Lc 6,20) alcanza así un nuevo estado. Se trata de “la pobreza del seguimiento (...): quien cree en el Hijo, descubre que se han realizado todas las promesas de Dios para los pobres y los que sufren, para los desgraciados y para los abatidos, para los que lloran y tienen hambre” (Klaus Barman).

Esta pobreza es el mejor testimonio de que nosotros, los humanos, no podemos salvarnos a nosotros mismos sino que hemos de experimentar ayuda, liberación y salvación de algún otro origen. Se trata de una actitud que está plenamente sostenida por la conciencia de no tener nada por uno mismo, sino de estar agradecido a Dios de uno mismo y de toda la existencia. Una actitud que es sostenida por la disposición de “dejar que la liberación de Dios actúe en uno mismo”.

¡Bienaventurada una Iglesia pobre!

¿Qué significa esta comprensión de la pobreza para una Iglesia

que, según la expresión del Papa Francisco, debería ser “una Iglesia pobre para los pobres”? Sin duda tiene que ver con una Iglesia que es auténtica en el seguimiento de Jesús si concentra sus preocupaciones en hombres que están en los márgenes de la sociedad, en las fronteras geográficas y existenciales, y los constituye en centro de su propia autocomprensión. En el marco de la recepción de esta formulación del Papa, se ha producido muy deprisa una comprensión de la misma que viene a decir: la Iglesia, para hacer justicia a su tarea caritativa y de servicio, ha de utilizar medios que se correspondan con esta formulación. De lo que se trata, evidentemente, no es de la petición de renunciar a los impuestos de la Iglesia o a su derogación.

En cambio, la Iglesia pobre es la que, en su autocomprensión, no se preocupa por sí misma y por sus medios, la que no se conserva de modo egoísta y centrada en sí misma —en la preparación del conclave, el cardenal Bergoglio denomina esta actitud “espíritu de narcisismo teológico”— sino más bien se sitúa de forma que sale hacia fuera para predicar el evangelio. Una Iglesia de este tipo transparente a Dios, se sitúa plenamente en el servicio de remitir a Él. No formula reivindicaciones de poder, no se deja incensar por otros, sino que se mira como la que, alargando la mano a otros, está al mismo tiempo recibiendo. La Iglesia pobre hace comprensible que el encuentro

con los pobres posibilita realmente el encuentro con Dios, que la preocupación por los pobres no pasa a ser un objetivo de la misión, sino que se siente libre de esta institucionalización y, sin embargo, no es de calidad inferior en comparación con otros rasgos esenciales de la Iglesia. También tiene el sentido de: “bienaventurada una Iglesia pobre”. Una Iglesia pobre

es objeto de bienaventuranza porque se olvida de sí misma y apunta plenamente a Aquél que por nosotros, hombres, se ha hecho pobre, para superar y liberar nuestra pobreza. La “Iglesia pobre para los pobres” se constituye de esta manera en signo de salvación y es precisamente esto lo que manifiesta su carácter sacramental.

LLAMADA PAPAL A UNA ECONOMIA DE ROSTRO HUMANO

En su crítica al sistema económico vigente, el interés central del Papa no es ofrecer un tratamiento sistemático de cuestiones sociales y de sus principios de solución. Más bien presenta una crítica social profética del sistema económico vigente, en el cual el dinero se convierte en un fin en sí mismo y conduce a una vida personal sin responsabilidad social. La crítica del Papa dice que “la adoración del becerro de oro (Ex 32,1-35) [...] ha encontrado una nueva forma inmisericorde en el fetichismo del dinero”, en la dictadura de la economía y también en la “tiranía” de los mercados y en las especulaciones financieras. De esta situación se siguen -éste es el punto central de su crítica- condiciones de gran injusticia social. El Papa conoce estos términos por experiencia propia. Su punto de mira son los excluidos (y aquí pone el dedo en la llaga del fenómeno de la exclusión) y quienes, en nuestra “cultu-

ra del descarte”, se convierten en “sobrantes” y “desechos” (EG 53). Los que, como consecuencia de las aberraciones del sistema imperante, se encuentran “sin trabajo, sin horizontes, sin salida” (EG 53).

En este ámbito, la pregunta crucial no es el diagnóstico, o sea, la descripción de los síntomas, sino la terapia. El Papa Francisco no quiere establecer ningún otro sistema. Más bien quiere cambiar el sistema imperante. Con esta intención se sitúa en el nivel del movimiento cristiano social del siglo XIX, que tenía como objetivo una reforma dentro del sistema. El Papa Francisco formula el criterio decisivo para esta reforma: la dignidad de los seres humanos y el bien común. Con ello se sitúa en la mejor tradición ético-social. En base a este criterio hay que juzgar todas las actividades económicas: “La vocación de un empresario es una noble tarea, siempre que se deje interpelar por un sentido más amplio

de la vida; esto le permite servir verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes de este mundo.” (EG 203).

El Papa no es el representante de la economía de mercado. Sin querer negar las realizaciones del sistema de la economía de mercado y los impulsos cristianos que se le han dado para implementarlo, ante el paro de larga duración,

ante el cambio demográfico, ante la problemática de la justicia generacional, ante el crecimiento del sector de bajos salarios y el peligro de la pobreza de los ancianos, ante la crisis del mercado financiero y económico, hay que plantear la pregunta por las consecuencias de esta “llamada” del Papa también en lo que se refiere a la forma de conducir el mercado económico social.

EL PRINCIPIO CATOLICO “ET... ET”

El Papa no propone en manera alguna solo la ayuda según el “principio de la madre Teresa” (como dice alguno de sus críticos), es decir, limosnas y caridad bajo el epígrafe de buscar estructuras justas. Más bien, la petición de Jesús a sus discípulos “dadles de comer vosotros” implica para Francisco, tanto “tanto la cooperación para resolver las causas estructurales de la pobreza [...] como los gestos más simples y cotidianos de solidaridad ante las miserias muy concretas que encontramos.” (EG 188). Ciertamente, no es una convicción del Papa que la solución a la pobreza y a la injusticia social haya de venir de la actuación del mercado y de sus leyes; más bien, subraya con gran énfasis la necesidad de un cambio estructural en consonancia con los principios de la justicia.

En realidad, el lenguaje de Francisco está lleno de imágenes

y, en consecuencia, llega fácilmente a la gente. También es muy interpelador y se dirige a todos y a cada uno. Con todo, el Papa no deja de tener muy presente el núcleo institucional de la ética social cristiana. Reclama el amor como principio estructurador de la actuación, pero no solo en el nivel de las relaciones personales (cara a cara). Así, no solo distingue selectivamente los conceptos de justicia y amor, sino que los considera complementarios. Enlaza el mercado y la moral de forma que no se pueden separar, en la medida que habla de un “crecimiento en equidad” (EG 204). Lo cual hace que presuponga a la vez el crecimiento del mercado y un sistema de ayuda social, pero que también se contemple en ambos casos un “más”. De forma más específica, todo debe ir dirigido a “una promoción integral de los pobres” que, al mismo tiempo, exija “decisiones, programas, me-

canismos y procesos” que no sean un mero asistencialismo (EG 204).

La Iglesia es auténtica en su aportación contra la exclusión, cuando salvaguarda el principio católico “et...et” (no solo... sino también): tanto justicia como amor,

tanto medios de actuación individuales como medios ético-sociales, tanto gestos espontáneos y actos de amor al hermano como medidas y realizaciones estructurales para la realización de mayor solidaridad.

UNA CUESTIÓN DE CREDIBILIDAD Y DE CONFIANZA

El tema del papa Francisco es la alegría del evangelio y, en este contexto, le interesa la autenticidad de la Iglesia y, en el fondo, la relación inseparable entre eclesiología y ética (social). Según esta intencionalidad, el foco de su interés es la preocupación por todos y cada uno de los seres humanos, especialmente los pobres en los márgenes de la sociedad, lo mismo que su inclusión y su participación en la sociedad. Este objetivo lo persigue el Papa en su propio lenguaje que, para muchos, es directamente accesible. En realidad, ciertamente disminuye “la disposición y también la competencia de meterse en el lenguaje figurado de la teología” (Ingo Pies). No deja de ser interesante que J. Habermas, en su diálogo con Benedicto XVI (en la Academia Católica de Baviera, en 2004), vea las cosas desde otra perspectiva: “una cultura política liberal puede esperar de los ciudadanos secularizados que tomen parte en los esfuerzos de hacer

aportaciones relevantes desde el ámbito religioso traducidas a un lenguaje abiertamente accesible”.

No parece que tenga ningún sentido contraponer ambas perspectivas. Una Iglesia que parte hacia las fronteras geográficas y existenciales de la tierra hará todo lo que esté en su mano para que su palabra y sus acciones lleguen realmente a los humanos. Si los cristianos, sacerdotes y laicos, intentan vivir auténticamente su ser cristianos en el sentido al que apunta el Papa Francisco, es decir, en el sentido de ser “una bienaventurada Iglesia pobre”, están contribuyendo con una aportación invisible a que esta Iglesia logre una vez más en la sociedad actual una mejora notable en credibilidad y en confianza. En este caso, y solo en este caso, se hará real la posibilidad de que también “ciudadanos secularizados” quieran tomar parte en el necesario proceso de traducción.

Tradujo y condensó: ORIOL TUÑÍ, S.J.